

**umbrales •**



## **México a principios del siglo XXI: la globalización, el determinismo, la ampliación del laicismo**

Carlos Monsiváis

**En** 2006, la República Mexicana dispone oficialmente de 105 millones de habitantes (casi de seguro el número real se eleva en unos cuantos millones). En lo político, el triunfo de Vicente Fox en 2000, destruye la trayectoria del partido prácticamente único durante 71 años, el Revolucionario Institucional (antes Partido Nacional Revolucionario y Partido de la Revolución Mexicana). De inmediato, Fox se dedica a lo que será la norma de gobierno: decepcionar y defraudar considerablemente. La situación económica, nunca esplendorosa, acentúa su deterioro mientras la macroeconomía parece no inmutarse y el horizonte de millones de personas constituye el desempleo y el subempleo. El paisaje social, puntuado por la violencia intrafamiliar y la delincuencia, es muy confuso y deprimente y pocos confían en que “haya salidas”. Sin embargo, otra relación de los hechos surge de las nuevas definiciones de *laicismo, nación, minorías, diversidad* y *espacios alternativos*. No sólo la globalización en su versión norteamericana hace a un lado las estructuras del estado-nación y busca redefinir la soberanía; también, desde la sociedad misma, se levanta lo aplazado por demasiado tiempo, las reivindicaciones fundamentales, los derechos humanos para empezar.

En estas notas intento una síntesis de algunas ampliaciones de la nación en la globalidad y de cambios primordiales en la idea de *México*, tan distinta a la aceptada todavía hace tres décadas. En el proceso intervienen vigorosamente algunos conceptos y términos clave, señalados por la conciencia de los derechos. A los obstáculos inmensos —la prepotencia del imperio en su etapa Bush, el desastre de los gobiernos y los partidos, el fin del empleo formal, el arrasamiento de los ecosistemas, la violencia urbana, el narcotráfico— ya no se responde desde el relegamiento o la inermidad absolutos.

Es primordial el papel de las ideas en la sobrevivencia de las sociedades. Así se agoten y pierdan eficacia, o se diluyan y enturbien, las ideas

genuinas incitan a movilizarse y la resistir. Examínese el sentido contemporáneo de algunas palabras clave: *sociedad civil, tolerancia, transición a la democracia, programas incluyentes, diversidad, pluralidad y empoderamiento*, de consecuencias profundas aun si se presentan como lugares comunes o abstracciones manejadas con irresponsabilidad y maña. Este vocabulario primordial trasciende las formaciones políticas y hace vislumbrar el primer intento de ciudadanía global, ya ejercido en las manifestaciones contra la invasión de Iraq y en el rechazo del modelo único de globalización. En las alternativas al Pensamiento Único las ideas desempeñan un papel principalísimo.

### **Está escrito desde el principio de los tiempos...**

Una de las grandes batallas culturales de estos años es el enfrentamiento a la mentalidad determinista, la línea interpretativa de la realidad que, interiorizada profundamente, es el conjunto de prejuicios más arraigado en Latinoamérica. ¿Qué entiendo aquí por *determinismo*? Si no el avasallamiento de las conciencias, sí las formaciones tradicionales (el conservadurismo religioso, el clasismo, la ideología patriarcal) a las que se agregan los mecanismos del autoritarismo, de la educación y de las industrias culturales. Nada puede hacerse —es el mensaje transmitido de múltiples formas en los siglos del virreinato— si eres indio o mestizo; en el siglo XIX, las reglas impuestas alegan que todo te está vedado, porque se padece el caos que es el termino aplicado a la nación; y en el siglo XX se proclama, si no perteneces a la élite o si no te tocan los beneficios muy selectivos de la movilidad social, cumplirás con tu destino.

El determinismo, atendido en lo básico a la clase social, el género y el color de la piel, minimiza o ridiculiza la existencia de la miseria y la pobreza, calificadas de “expresiones endémicas del ser humano”. Desde los sacerdotes que a los indígenas y los pobres urbanos les exigen obediencia y resignación, la meta histórica del determinismo (la mentalidad y el designio de control) ha sido convertir las limitaciones económicas y sociales en rasgos idiosincráticos. Si la desigualdad es un rasgo inalterable de las sociedades, las luchas emancipadoras resultan inútiles de antemano.

A lo largo de la implantación del determinismo, se insiste en la tesis del pecado original. El hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de sinsabores (Antiguo Testamento) vive bajo el oprobio del pecado que es “Todo pensamiento, palabra o acción contra la ley de Dios” (San Agustín). ¿Y quién interpreta y conoce la ley de Dios? Los clérigos que al bautizar a las

naciones y a los nacionales los someten desde el principio a los juicios tajantes sobre su propia condición.

¿Qué resulta de vaticinar el fracaso de los intentos de crítica o cambio? Hasta épocas muy recientes, se vive la ilusión o el mito del país de un solo idioma, una sola religión, un solo partido político, un método inalterable de concebir los roles del macho y de la hembra, un cuerpo dogmático de creencias, usos y costumbres. De allí proviene la búsqueda de caudillos, la aceptación desesperanzada de los gobiernos de “mano dura”, el miedo al cambio, la creencia fantasiosa en la Identidad Nacional.

### **Si Dios nos hubiera querido iguales, nos hace nacer a todos en la misma colonia popular**

Por lo menos en cifras, ya se dice y se sabe bastante de la mayoría marginada, así se desdibujan sus expresiones culturales y sus formas de sobrevivencia. En el último medio siglo nadie objeta la descripción de México, “país fundado sobre la desigualdad”, y ningún gobierno va más allá de unas cuantas medidas igualitarias (en el mejor de los casos) y de la grandilocuencia patética. “A los desposeídos les pido perdón”, exclama el primero de diciembre de 1976 José López Portillo al tomar posesión de la presidencia. Una vez admitida la impagable deuda histórica, a los habitantes de la miseria y la pobreza, cerca del 60 por ciento de la población, se les reserva la dureza y la indiferencia.

Las minorías marginadas ni siquiera obtienen la atención de los gobiernos y la prensa al padecer el racismo, el sexismo, la intolerancia, la homofobia y la intolerancia religiosa. Hasta épocas muy recientes, el reconocimiento de la diversidad no es usual y sólo en 1982, durante la campaña del priísta Miguel de la Madrid, y como gesto de cortesía hacia los científicos sociales, se reconoce la condición *plural* del país. Los liberales definen a sus contertulios, a México como un todo homogéneo: la nación católica a la hora de fiestas, peregrinaciones y censos, la sociedad profundamente mestiza y heterosexual. Apenas se admite lo alternativo, y se dificultan en extremo las libertades en materia de moral y vida cotidiana.

Acátense y cúmplase: se integran en un haz de voluntades tiránicas el monopolio de las creencias, el monopolio del poder político, el monopolio del poder económico, el monopolio de la conducta admisible. Se margina a mayorías y minorías y se considera natural o normal la suerte atroz que de modo frecuente nos acompaña. A los excluidos de la Nación Visible (la mayoría) se les condena al infierno de la falta de oportunidades, complementa-

da por la ausencia de respetabilidad. En los espacios marginales se congregan los disidentes religiosos, los disidentes políticos, los minusválidos, los de la tercera edad, los alcohólicos, los gays y lesbianas y, muy especialmente, los indígenas. Y en la marginalidad no declarada pero implacable, la mayoría de las mujeres, o, en el terreno de los poderes, el género entero. A la pluralidad se llega con lentitud, pese a las conquistas históricas (la libertad de cultos, la libertad de expresión, la educación laica y gratuita, la secularización). No obstante sus diferencias extraordinarias, estos sectores comparten rasgos primordiales: el costo psíquico y/o físico por asumir y transformar la identidad diseñada en el exterior, las dificultades en la construcción de su historia (el esfuerzo de adaptación a medios hostiles) y las repercusiones interminables del “pecado original”, *la culpa* de no ajustarse a la norma, de ser diferente de la élite.

### Las palabras clave

Es notable el peso de las palabras clave. Desde la década de 1930, por lo menos, parte de la identidad más real de las personas y las sociedades depende de su decisión de amoldarse a términos que hacen las veces de yugos: *primitivismo, complejo de inferioridad, colonización, subdesarrollo, dependencia, marginalidad, Tercer Mundo, periferia...* Durante casi un siglo, se escuchan frases de esta índole: “Tan lejos de Dios, tan cerca de los Estados Unidos/ ¿Qué le vamos a hacer si somos subdesarrollados?/ Me salió lo tercermundista y no fui a trabajar/ Sí que somos marginales/ Por más que busco en *The New York Times* no viene ninguna noticia de mi pueblo natal”. (Ahora se diría: “No que muy global y sigues viviendo en la misma colonia”). Las versiones dolidas o pintorescas afirman el hecho histórico: a causa de la comparación evidente y del prejuicio, en los países periféricos se idealiza a las metrópolis. Y esto se intensifica con la globalización, que vuelve marcas infamantes las interpretaciones de *Alicia en el país de las maravillas*. Por eso, lo común en la América Latina de principios del siglo XXI es calificarse —sin estas palabras— de globalizado de segunda, tan internacional como todos, pero bastante menos.

En proporción muy alta, las viejas definiciones ya no rigen o lo hacen en forma restringida. En el viaje semántico, algunos vocablos no pasan de moda, sólo expresan lo contrario de su acepción inicial. Y las causas que emergen aportan definiciones y vocablos y modifican el mapa conceptual.

La aceptación y el arraigo de las palabras clave es un fenómeno devastador. Cito algunas:

—*sexismo*. La ideología de la superioridad masculina es el fondo doctrinario (si tal es la palabra) del machismo y el patriarcado. El mero uso del término califica al machismo de pesadilla social.

—*género*. El concepto que se evade de las cargas históricas y las prisiones del macho y de la hembra, y genera un campo conceptual, cuya premisa es la objetividad. Durante una década, la de 1990, la iglesia católica se propone enfrentar y vencer la expresión y en la Conferencia de Beijing de 1995, los países islámicos y el Vaticano rechazan el término, sobre una presunción: Dios creó al hombre y a la mujer, no a los géneros. Fracasan, y la expresión *perspectiva de género* logra avances que, con su nombre, el feminismo no había conseguido.

—*empoderamiento (empowerment)*. La noción de la toma de poderes como la ciudadanización de la política y los movimientos sociales. Este concepto es indispensable en el desarrollo del feminismo, las minorías y las ONG.

—*gay*. El uso internacional de *gay* es un gran avance al no arrastrar el peso del prejuicio y el desprecio histórico que desbordan vocablos como *maricón, joto, puto* y sus equivalentes en cada país. Lo gay relaciona a una minoría nacional con la muy significativa minoría planetaria de conquistas sociales y legales incesantes.

—*homofobia*. El odio irracional contra los homosexuales adquiere un nombre específico, y se vuelve un prejuicio identificado. Esto lo disminuye considerablemente.

—*diversidad*. Sinónimo actual de derechos de las minorías, especialmente las sexuales.

### Los indígenas: las herencias de la desigualdad

Si algo se transparenta desde 1994 es la evidencia del racismo en México. Ser indio —es decir, pertenecer a comunidades a las que así se identifica a partir de prácticas endogámicas, idioma muy minoritario y costumbres “premodernas”— es participar de la perpetua desventaja, de la segregación “promovida” por el aspecto. Los que niegan el racismo suelen alegar el ascenso social de personas con rasgos indígenas muy acusados, pero ninguno de estos indios-a-simple-vista es hoy secretario de Estado, gobernador, político destacado, empresario de primera o simplemente celebridad. Esto, para ya no hablar de las indígenas. En su novela *Invisible Man*, Ralph Ellison describe cómo el prejuicio sobre el color de la piel borra lo singular de las personas, las despoja de su imagen, las deshumaniza. Lo que vuelve indistinguible a un negro de otro negro es el desprecio que la sociedad racista les profesa.

Algo semejante sucede desde la Conquista con los indios de México. ¿Por qué no? Son primitivos, desconocen la maravilla de los libros (al igual que la mayoría de los racistas), son paganos aunque finjan catolicidad, y se les considera eternos menores de edad, como lo ratifican las instituciones (apenas en 2003 se cancela el Instituto Nacional Indigenista, “tutor” de millones de personas). De acuerdo con este criterio, no se les margina: han nacido fuera y su actitud pasiva sólo confirma su lejanía.

Pertenecer a “la raza vencida” le niega a los indígenas “la posibilidad de desarrollo”. Otras limitaciones: la lengua “extraña” que sólo una minoría comparte, la inermidad educativa, el arrinconamiento en zonas de la depredación ecológica, el alcoholismo, el caciquismo, las inevitables riñas internas, el caciquismo indígena, el aislamiento cultural profundo. Si el sometimiento de los indígenas viene de la Conquista, no obstante las rebeliones esporádicas y sus aplastamientos, el régimen del PRI sacraliza la fatalidad. En 1948, Alfonso Caso, fundador del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y del Instituto Nacional Indigenista (INI), define con ligereza tautológica el sujeto de sus encomiendas:

Es indio todo individuo que se siente pertenecer a una comunidad indígena, y es una comunidad indígena aquella en que predominan elementos somáticos no europeos, que habla preferentemente una lengua indígena, que posee en su cultura material y espiritual elementos indígenas en fuerte proporción y que, por último, tiene un sentido social de comunidad aislada dentro de las otras comunidades que la rodean, que la hace distinguirse asimismo de los pueblos de blancos y mestizos.

*Indio* es el que vive en el mundo indígena, así de preciso es don Alfonso Caso. El mestizo tiene en proporción definida “elementos somáticos europeos”, lo que, de acuerdo con esta argumentación, en algo lo redime. “Todavía se les nota lo indio, pero ya hablan un español reconocible”. En este universo, a la miseria económica la complementa la degradación moral o como se llame a la incesante bruma de las borracheras, la violencia, y el tratamiento brutal a las mujeres en ámbitos cercanos al apartheid. La opresión margina radicalmente, así los *ladinos* la califican de muy voluntaria y emitan su dictamen: “Los indios están así porque quieren”.

Históricamente, los saqueadores y los opresores se divierten ridiculizando a sus víctimas. Además del clima social, el racismo dispone de las representaciones visuales (el indio suele ser la alegoría imposible o la caricatura “chistosa”), de los estereotipos en la poesía y la narrativa, del choteo de los titubeantes en el uso de *el castilla*, y, ya en el siglo XX, de las parodias del teatro frívolo, la radio, el cine y la televisión. *El indio* es el ser sin vínculos suficientes con la civilización, un individuo trágico o patético, y divertido



sólo en ocasiones y a pesar suyo. Según quienes lo contemplan sin verlo, sus tradiciones son mero pintoresquismo y remiten con sorna o preocupación al “primitivismo”. La iglesia católica los infantiliza, el guadalupanismo les ofrece el refugio de la fe, sus usos y costumbres acentúan con frecuencia las estructuras feudales, el Estado los protege de modo lejano y a los “huérfanos de la civilización” se les “adopta” con desgano y sin responsabilidad.

El Instituto Nacional Indigenista, que en el régimen del PRI hace las veces de “orfanatorio” o “casa de cuna cultural”, aporta algunos beneficios y garantiza el desinterés extremo de los gobiernos, seguros de ir más allá del cumplimiento de su deber si algo ceden de su presupuesto. Y la vida de los indígenas suele desenvolverse en condiciones muy opresivas y entre el desinterés de los medios informativos, alejados del registro de los asesinatos, los encarcelamientos injustos, las violaciones de mujeres, el saqueo constante de tierras y bosques. *Son indios*, viven fuera de México. Como ha analizado Enrique Florescano, se quiere justificar el despojo con razones históricas, con la mitología opresiva que inicia Lucas Alamán. Según Alamán y sus descendientes, México no le debe nada al pasado indígena, y la sociedad mexicana ni siquiera registra sus valores. Se elimina del recuento, observa Florescano, “la participación decisiva de los indígenas y campesinos en los tres movimientos que cambiaron la historia moderna y contemporánea de la nación: Independencia, Reforma y Revolución”. La nación, argumenta Florescano, se ha opuesto por sistema a las reivindicaciones indígenas y ha pretendido imponerles leyes que violan sus derechos más entrañables: el racismo les ha exigido renegar de sus lenguas, deponer su autonomía y, en suma, les conmina a ya no ser indios, al obstruírseles el derecho a la identidad primordial sustentada en el orgullo.

La miseria y la pobreza no se elimina por decreto, y a los indios se les hace a un lado, y se les castiga por su condición marginal. En Guerrero, Puebla, Hidalgo, el Estado de México, Chiapas, Oaxaca, la Ciudad de México, Yucatán, los indígenas viven en condiciones de extrema penuria y, sin embargo, su fuerza demográfica no cede y su número debe oscilar todavía entre los doce y los catorce millones de personas. El Estado de Derecho no existe para ellos y a cientos de miles se les somete a la semiesclavitud. Hasta 1995, el robo de ganado se penaliza en Chiapas más que el asesinato, y todavía en 1960 se utiliza la frase “gente de razón” que distingue a los mestizos y criollos de los indígenas. El desprecio es orgánico y, en 1994, el oficial mayor del gobierno de Chiapas asegura: “Los enmascarados del EZLN no pueden ser indígenas, porque ellos no usan armas modernas sino arcos y flechas”.

La resistencia a la marginalidad se expresa a través de las migraciones laborales a Estados Unidos, y la modernización corre a cargo de la tecnología las más de las veces. Las numerosas conversiones al protestantismo suelen deberse a la necesidad de nuevos comportamientos, entre ellos el abandono del alcohol. Y las jóvenes indígenas se enfrentan al machismo interno y externo.

En 1992, en el Quinto Centenario, ya no de la Conquista sino —con una expresión política— del Encuentro entre Dos Mundos, parece iluso creer en la recuperación de los indígenas. Es inútil, se dice, ni se quieren asimilar ni podrán aprender. Algunos funcionarios del Estado divulgan una teoría “educativa”: debido a su desnutrición irremediable, los indios son incapaces de educarse de manera sólida, tratar de enseñarles es gasto de tiempo y de recursos, mejor dedicarlos a las artesanías. Y el determinismo y el racismo engendran devastaciones: a fines del siglo XX sólo el ocho por ciento de los niños indígenas finaliza la escuela primaria. La sociedad mexicana no acepta ser racista, pero lo es, con una variante: los que desprecian y explotan y consideran perdidos para siempre a los indígenas no se sienten miembros de una raza superior, tan sólo testigos enfadados de la parálisis de una raza inferior, la indígena.

En este paisaje de la expulsión permanente de la Nación, surge el 1 de enero de 1994 el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, en oposición a los procesos de destrucción y autodestrucción de siglos. Y las bases zapatistas manifiestan su hartazgo del trato semiesclavista, la economía feudal de Chiapas y el desplome de sus fuentes de ingreso.

### **Los protestantes: “A Dios sólo se le adora de un modo”**

Como a los miembros de las otras minorías, los protestantes o evangélicos también padecen la cadena de exclusiones. En este caso, de la identidad nacional, de la protección de las leyes en las comunidades rurales, del respeto y la comprensión de los vecinos, de la solidaridad. (Lo que sea “la Identidad Nacional” los excluye.) No se reconoce su integración al país en lo cultural, lo político y lo social, y lo mismo a fines del siglo XIX que a fines del siglo XX, la intolerancia ejercida en su contra no desata mayores protestas. En los postrimerías del siglo XIX, se inicia en México la presencia significativa del protestantismo, y los primeros conversos viven el alborozo de la fe que les cambia literalmente la vida, les da acceso al libre examen y los aparta de lo que, a su juicio, es fanatismo. Se los observa con enorme recelo, se los persigue y se los obliga a concentrarse en las grandes ciudades.

Ya en las primeras décadas del siglo XX, se han instalado en México las principales denominaciones de Norteamérica, y comienzan los grupos nativos, de raigambre pentecostal. Son presbiterianos, metodistas, bautistas, nazarenos, congregacionales. Desde 1930, se afirma la ola pentecostal que subraya la experiencia religiosa fundamentada en la emotividad. Siempre a las reacciones de intolerancia las encauza el criterio de los obispos católicos alarmados por el crecimiento del protestantismo y sus "sectas". En 1951 y 1952, se desata una campaña antiprotestante de vastas proporciones que promueve el arzobispo primado Luis María Martínez. Hay que frenar "el avance de la herejía", dice don Luis María, que cuenta chistes levemente audaces, bendice todos los edificios nuevos y es miembro de la Academia de la Lengua. De paso, es un cruzado de la fe a la antigua y sin remordimiento alguno preside la cacería de disidentes religiosos.

No hay entonces hábito social de enfrentarse a la intolerancia. Si los persiguen es porque se la buscaron, y ni caso tiene enterarse. Una excepción: el gran escritor Martín Luis Guzmán, director del semanario *Tiempo*. En una portada de 1952, *Tiempo* declara: "Contra el Evangelio, la iglesia católica practica el genocidio". Nadie más se manifiesta, y es considerable la lista de crímenes y agravios: congregaciones expulsadas de sus pueblos, templos apedreados o quemados, pastores asesinados a machetazos o arrastrados a cabeza de silla, marginación social de los "heréticos". Los jerarcas católicos sonríen y los protestantes organizan una (escuálida) marcha anual el 21 de marzo.

En la Ciudad de México, la demografía borra los rasgos más ostensibles de la marginalidad religiosa (pueblo muy grande, infierno selectivo y por sorteo), pero en los lugares pequeños y medianos la disidencia religiosa es una provocación. Los más pobres son los más vejados y, sobre todo, los pentecostales la pasan muy mal, por su condición de "aleluyas", los gritones del falso Señor. No hay hábito de respetar y *entender* la diferencia. Las sociedades cerradas no conocen de matices, y en donde no se puede reprimir, el rechazo va del humor despreciativo a la desconfianza orgánica. Un chiste típico de la época: el padre se entera de la profesión non sancta de la hija, se enfurece y la amenaza: "¡Hija maldita! Dime otra vez lo que eres para que maldiga mi destino/ Vete de mi casa". La hija se extraña y responde: "Papá, soy prostituta". Suspiro de alivio y dulcificación del rostro paterno. "¿Prostituta? Ah, bueno, yo creía que habías dicho *protestante*". A eso añádase el choteo infaltable: "¡Aleluya, aleluya, que cada quien agarre la suya!"

Hasta el estallido de la sociedad de masas, a los protestantes los rodea la incomprensión y el señalamiento. “Es muy buena persona pero.../ Sí, hijo, ve a su casa a comer, pero que no traten de quitarte tu fe”. Los letreros propagados por los obispos expulsan de antemano a los indeseables: “En esta casa somos católicos y no aceptamos propaganda protestante”. Lo más inadmisibles es el fenómeno de la conversión, la deserción de la Verdadera Fe y de la incondicionalidad a lo Juan Diego, “el más humilde de los hijos de la Patrona”. Además, las condenas de la izquierda nacionalista o comunista se aglomeran, los protestantes son “antimexicanos, agentes de la codicia de almas de Norteamérica, destructores de la unidad nacional”. En la embestida, coinciden la furia del fundamentalismo católico, el homenaje de funcionarios del gobierno a su pasado parroquial y el celo de los antropólogos marxistas, devotos de la Identidad Nacional.

Para la mayoría nacional, la disidencia religiosa es un continente inexplorado aunque cada vez menos extraño al intensificarse la globalización. Todavía en la década de 1960, por la presión de la uniformidad, el protestantismo parece condenado al estancamiento, la minoría alojada en una etapa de la americanización del país, y en la capital y en las ciudades grandes, los protestantes pasan de amenaza a pintoresquismo, las familias que los domingos se movilizan con sus himnarios y biblias, la gente piadosa y por lo general confiable y excéntrica. ¿A quién se le ocurre tener otra religión si ya ni siquiera la fe de nuestros padres es muy practicable? La vida social asimila a los protestantes deseosos de oportunidades de ascenso, que prefieren casarse por el rito católico, y ya en la década de 1970, la intolerancia deshace los niveles de aceptación de lo distinto y se expulsa de México al Instituto Lingüístico de Verano, organismo responsable de la traducción de porciones de la Biblia a lenguas indígenas. Con tal de deshacerse del Instituto Lingüístico de Verano, se alían los obispos y los antropólogos marxistas que, sin pruebas, lo califican de “avanzada de la CIA”, “instrumento de la desunión de los mexicanos”, etcétera. No hay protestas ante la supresión del ILV.

Por lo demás, los obispos se desentienden de la gran carga de “idolatría” o “paganismo” (la recurrencia de los ritos indígenas prehispánicos, los cientos de miles de adeptos del espiritualismo trinitario mariano, del espiritismo) y las variedades del *New Age*.

Por esas mismas fechas, y de forma inesperada, sobreviene la fiebre de la conversión masiva al protestantismo. A la fiebre de conversiones la encauza la necesidad de integrarse a una comunidad genuina, las revelaciones del libre examen de la Biblia, el deseo de metamorfosis (cambiar de vida

sin cambiar de trabajo) y la urgencia de las mujeres indígenas, ansiosas de que sus maridos abandonen el alcoholismo y la violencia doméstica. Sobre todo en el sureste del país, se masifica la conversión y, en correspondencia, los obispos católicos lanzan campañas de odio contra las “sectas”, calificadas por el nuncio papal Girolamo Prigione de “moscas” a las que hay que matar a periodicazos. En Chiapas, se queman templos y se expulsa a los protestantes de varias comunidades, en especial de San Juan Chamula (35 mil desplazados). Todavía en 2006, se observan asesinatos en las zonas rurales. A las andanadas antiprotestantes se unen las diatribas contra el *New Age*, “doctrina diabólica”, pero el avance de la diversidad de creencias no se detiene, ni tampoco el de los grupos paraprotestantes (mormones o Santos de los Últimos Días, Testigos de Jehová) y las iglesias pentecostales. A lo largo de un siglo, la propaganda católica maneja un argumento demolidor contra el protestantismo: “Varías, luego mientes”, pero en una sociedad plural esta razón ya no es suficiente, y tal vez entre diez y quince millones de personas participan de estos credos. (La iglesia católica se jacta de disponer del 80 por ciento de los fieles, aunque también describe un país de “analfabetas religiosos” y “ateos funcionales”).

### **Los gays: de lo indecible a lo que insiste en decir su nombre**

Desde la adaptación del Código napoleónico, las leyes de México no prohíben la homosexualidad consensuada entre adultos. (Algo muy distinto sucede con la paidofilia, altamente penada para heterosexuales y homosexuales.) Sin embargo, a los gays se les sujeta a versiones monstruosas “de la justicia”, y por comisión o por omisión se admiten las persecuciones de “anormales” y las condenas de varios años de cárcel por el delito único de afeminamiento. El parapeto de las cacerías homofóbicas es la tradición judeocristiana y su justificación legal es un término siempre indefinido, “faltas a la moral y las buenas costumbres” que, desde el siglo XIX, auspicia y legitima multas, arrestos por quince días o varios años, despidos, maltratos policíacos, chantajes, secuestros por parte de la ley, incluso envíos al penal de las Islas Marías y al campo concentracionario de Valle Nacional.

En la historia de México a los homosexuales se les quema vivos, se les lincha moral o físicamente, se les expulsa de sus familias, de sus comunidades y (con frecuencia) de sus empleos, se les encarcela por el solo delito de ser como son (no se requiere “la violación de los reglamentos”, basta con el afeminamiento), se les exhibe sin conmiseración alguna, se les excomulga, se les asesina con saña. Nada más “por ser así”, el siglo XX les depara,

además del vandalismo judicial, la dosis implacable de razzias, extorsiones, golpizas, muertes a puñaladas o por estrangulamiento, choteos rituales. No hay respeto ni tolerancia para los homosexuales o, mejor, los jotos, los maricones, los putos, los invertidos, los sodomitas, los larailos, los volteados. Al tanto del descrédito religioso y moral de “las locas”, la sociedad los repudia de modo absoluto hasta fechas muy recientes, y si acaso les dedica un comentario filantrópico: “Que hagan lo que quieran, mientras no lo hagan en público y no se metan conmigo”.

No importan la posición, el talento, la honorabilidad. Tampoco, y esto es lo central, importan los derechos humanos. Ante la policía o la maledicencia, el homosexual pierde su identidad personal y se vuelve el ser carente de significado, el deshumanizado por la orientación de su instinto. De allí, la necesidad del clóset y el alto número de los que se casan, de los que se psicoanalizan en pos de “la cura”, de los que extreman su religiosidad para implorar “el fin de la maldición”. Como en la frase de Sartre, el infierno son los demás, pero, también, el marginal lleva su infierno a costas. Y la ausencia de derechos civiles y humanos multiplica la sensación de inexistencia. “No somos nada, salvo cuando se ignora o se olvida lo que somos”. De allí, la ausencia de reacciones en México ante hechos de la trascendencia del Informe Kinsey (1948), que reorienta internacionalmente la idea de homosexualidad. Si uno de cada veinte es homosexual o ha tenido estas experiencias, el volumen demográfico disminuye la carga del pecado. “Si son tantos a lo mejor tienen derechos.”

México es un país formalmente laico, pero el tradicionalismo reina en la vida cotidiana y, al unísono, los políticos liberales, izquierdistas y conservadores, se indignan ante la “traición a la Naturaleza”. En las agencias del Ministerio Público también rigen las prohibiciones de la cultura judeo-cristiana, y a todos les resulta *normal* —nadie los defiende, nadie protesta— el envío de los homosexuales a la cárcel por su voz y sus gestos, o la victimación con saña. (“Es un crimen pasional típico de homosexuales”, afirman la prensa y las autoridades policíacas en vez de señalar “Es un crimen típico contra homosexuales”.) Falta mucho para la introducción del término “crímenes de odio”, y tras cada homosexual asesinado suceden los arrestos de sus amigos y la impunidad del criminal. Las redadas “defienden la moral y las buenas costumbres”, así destruyan vidas y provoquen crisis familiares, y el vejamen intenso genera psicologías torturadas y, tal vez por eso, se declara a las psicologías torturadas responsabilidad exclusiva del deseo homosexual. Hasta antes de 1969 y la rebelión de Stonewall en Nueva York,

nadie sale del clóset si puede evitarlo, porque tal martirio no conduce a beatificación alguna.

### **El sida: la visibilidad de la tragedia**

Ya en 1985, se transparentan en México las dimensiones de la pandemia del sida. Antes, todo se ha constituido en alarmismo y terrores a propósito del “cáncer rosa”. Rock Hudson se declara enfermo y muere poco después, y la pandemia resulta inocultable. El miedo centuplica el prejuicio, los rechazos y la incompreensión y, por ejemplo, en el Centro Médico, se ahorca un joven incapaz de soportar el maltrato de los médicos y las enfermeras. Se sataniza sin tregua a los gays, los más afectados por el sida (todavía hoy el 70 por ciento de los poseedores de VIH son gays). “No coma cerca de un homosexual. Puede contagiarse”, reza un anuncio pegado en las calles. El nuncio papal Girolamo Prigione califica al sida de “castigo de Dios”; en varias empresas se hacen pruebas obligatorias de detección del sida, y a los seropositivos se les da media hora para abandonar definitivamente su puesto. La Secretaría de Salud se niega a las campañas dirigidas específicamente a los gays, porque, es de suponerse, el Estado ni puede ni debe reconocer la existencia de la perversión. (El Secretario de Salud Jesús Kumate está cerca del Opus Dei.) Apenas a fines de 1997, se da la primera campaña (muy tímida) de prevención con los gays como destinatarios. En 2003, aún no existen las campañas masivas de prevención. No se vayan a enojar los obispos.

Son años de tensión, de tragedias, de familias que expulsan al enfermo, de infecciones masivas por descuido en los bancos de sangre, de maltrato en hospitales, abandono de muchas familias (no es el caso de la mayoría). A los motivos de los crímenes de odio contra los homosexuales, se añade el pánico ante el sida. Un adolescente en Ciudad Neza asesina a un cura porque “trató de contagiarme el sida”. La mayoría se infecta por falta de información, y en la televisión privada y pública los anuncios de condones desaparecen o se reducen al mínimo, mientras se silencian los datos de la enfermedad. La iglesia católica y sus grupúsculos se oponen a las campañas preventivas y acometen el “linchamiento moral” del condón, calificado temblorosamente de “preservativo”, palabra que no perturba a los aún no enterados de la existencia de la genitalia.

Nunca antes un “adminículo” (expresión del cardenal primado Norberto Rivera) había concentrado tanta inquina. El nuncio Prigione lo llama “instrumento que arrastra a los jóvenes por el lodo”, y al denunciar la existencia del sexo sin afanes reproductivos, se exalta la abstinencia forzada. “La úni-

ca respuesta al sida es la castidad”, se insiste. En Monterrey, en 1990, el gobernador de Nuevo León Jorge Treviño retira un gran anuncio de condones “porque puede lastimar las mentes de los niños pequeños”. No es infrecuente que los vecinos o incluso las familias expulsen de sus departamentos a los enfermos de sida. Fallan una y otra vez los diagnósticos y es muy irregular el respeto por los enfermos. En las regiones, el problema se agudiza por la adecuación perfecta entre prejuicios y desinformación médica, y en las zonas agrarias se expande la infección entre las mujeres de los trabajadores migratorios.

Si bien insuficientes, hay respuestas generosas. Persisten los grupos de activistas antisida en la ciudad de México y en Oaxaca, Aguascalientes, Monterrey, Guadalajara, Querétaro, Estado de México, etcétera, pero los escollos son inmensos así la tolerancia avanza. Con la información planetaria sobre el sida y la *otra* sexualidad, con las abundantes películas, series televisivas, obras de teatro y novelas sobre el tema, con las grandes marchas en Washington, Nueva York, San Francisco, Londres y Sidney, ya no espanta tanto el show de sombras perversas de la homofobia. Al sentirse en grave riesgo, los enfermos se desentienden del Qué Dirán. También, en su lucha obcecada contra toda diversidad, el clero católico y la derecha insisten en reprobar las libertades corporales (incluido el uso de ropa “provocativa”), se oponen con rencor a la despenalización del aborto, se obstinan en las campañas de desprestigio contra “las sectas”, reafirman la definición de *La Sociedad* que no admite a los exiliados de *la norma*. La pandemia del sida convoca a lo mejor y lo peor de las actitudes sociales, y lo mismo pone de relieve a jóvenes altruistas, seropositivos y enfermos muchos de ellos, empeñados en difundir las medidas preventivas y apoyar a los enfermos, que a clérigos enemigos del condón y a vestigios de la Contrarreforma.

### ¿Dónde comienza el cambio y dónde la inmovilidad?

¿Qué tan real es el *cambio de paradigmas* de que tanto se habla? Entre los elementos que sí apuntalan esta hipótesis se hallan la globalización (inevitable), la tecnología entendida religiosamente, la caída de las alternativas socialistas, la opresión neoliberal y la conclusión inescapable: *la nación* sigue siendo el acceso forzoso a lo global. Con arrogancia, los neoliberales incitan al país a superar su “mediocridad” y ser competitivos, es decir, a renunciar a su tradición cultural que se volverá pintoresquismo y folclor si no se abandona en el acto. He aquí el decreto: no se progresa sin renunciar a lo que ha sido la nación. Por un lado, el aviso llega tarde; por otro, no es



muy operativo el modelo único de globalización, especialmente después de la invasión en Iraq.

Es un falso dilema el señalar “O nacionalismo o modernidad”. Ésta es, si acaso, una lección del pasado. El nacionalismo tradicional desapareció o desaparece con celeridad, y salvo por las razones del atraso, nadie cree verdaderamente en un nacionalismo fundado en la homogeneidad declarativa (La Unidad Nacional), en la segregación de lo indígena, en la invisibilidad social y política de las mujeres, en las consignas de la mitomanía chovinista, en el machismo. ¿Qué transmite hoy un nacionalismo cuyo vigor mitológico y sociológico depende de las idealizaciones de los migrantes y de la ilusión del pasado feliz de los sedentarios? Pero si el nacionalismo tradicional es tan indefinible como “el amor a México” (sí, todos lo amamos, pero, sin retórica de por medio, ¿cómo se define este amor?), la nación permanece y aquí, otra vez, lo importante es la justeza de las definiciones. La nación conocida ha sido terriblemente injusta con sus minorías y sus mayorías oprimidas, ha sido entrañable por su auspicio del arraigo psíquico y es muy cruel en la intensidad de sus factores de expulsión (*push factors*). Y no hay tal cosa como *lo nacional* válido para todas las clases y grupos. Cada quien habla de la patria según como le va en ella.

Una tendencia muy vigorosa consiste en puerilizar la vida social y política, y confundir la americanización, inevitable, con el candor infantil, tan ridículo. Aquí entran en escena grandes instrumentos del determinismo, como los manuales de autoayuda, esas utopías a domicilio, esos consejos para quedarse con lo mejor del queso, ese motivarse para ser empresario, sin dejar de percibir el salario mínimo, ese progresar en el empleo seleccionando los regalos para los jefes, etcétera. En la conversión del país en la gran empresa, a los manuales de autoayuda se les concede la reconstrucción “espiritual” de la república.

El determinismo se renueva apoyado en explicaciones del freudismo light, de la economía del “Da gracias porque tienes trabajo, el que sea”, del fanatismo religioso. De modo variado, se insiste en el siglo XX: nunca dejaremos de ser periféricos, de sufrir complejo de inferioridad, de vivir en el subdesarrollo, de ser dependientes, de llevar la cruz del Tercer Mundo, de ser locales, en suma. El determinismo afecta a la izquierda y la derecha, influye en la burguesía que considera sus zonas residenciales “arcas de Noé”, desemboca en situaciones como la huelga de diez meses en la UNAM en 1999, con estudiantes convencidos de que el desempleo de los radicales también alberga títulos académicos, influye drásticamente en las expectativas de los pobres, en el

sustrato del campesinado, en algo explica la facilidad con que penetró el narcotráfico, la pesadilla interminable de México.

Al determinismo que condena al país y a su gran mayoría, lo impulsan la catástrofe de la educación pública y privada, el imperio del analfabetismo funcional, el abandono de la lectura por los medios audiovisuales (un abandono teatral, porque de todos modos no se leía), la humillación salarial del magisterio, la condición pretecnológica de una buena parte de la educación pública, la explosión demográfica del estudiantado sin posibilidades de atención calificada, en síntesis, la crisis del universo de la enseñanza.

**“Ni te esfuerces porque si te va bien te convertirás en los anuncios que estás viendo”**

El llamado a la indefensión ante los poderes económicos tal vez sea el más grave —por más fatalista— de los rasgos culturales de los años recientes. En el caso de la televisión, el fatalismo tiene éxito y un lugar común se esparce: en efecto, los jodidos lo serán para siempre porque hasta allí les alcanzará el salario. Si el factor económico es de importancia suprema, sus consecuencias paralizantes no son “ley divina” ni destruyen el valor de las ideas y los estímulos culturales. Pese a todo, la Gente (ese término del que siempre se excluye el o la que lo emite) puede desarrollarse culturalmente.

Hacer de la pobreza el equivalente totalizador de la fatalidad es la técnica recurrente del poder. El presidente Carlos Salinas de Gortari afirma: “En la pobreza no hay democracia”, y el presidente Ernesto Zedillo expulsa de los alrededores de las ánforas a los que no saben ni por qué están allí: “Los pobres no votan”. Y la secretaria de Desarrollo Social de Vicente Fox, Josefina Vázquez Mota, explica en su discurso de presentación: “Pobreza y consolidación democrática resultan incompatibles. Pobreza y justicia caminan en sentidos opuestos... Pobreza y dignidad humana se contraponen, miseria y libertad no caben en el mismo espacio...” (24 de noviembre de 2005).

Así que riqueza y dignidad humana se complementan pero si la pobreza no se elimina con rapidez, la dignidad humana tardará muchísimo en alcanzar a los pobres, si es que algún día lo hace. De lo obvio, de las dificultades para implantar valores democráticos en medios desinformados de, por ejemplo, los derechos individuales, se pasa a la nueva convicción: los grandes estímulos cotidianos sólo son cortesía de la televisión.

Al determinismo lo renueva la teoría que al repartir el planeta entre globalizados y locales, continúa con otras divisiones clásicas: metropolitanos y periféricos, desarrollados y subdesarrollados, primermundistas y ter-

cermundistas, colonialistas y colonizados. Así se exhibe lo innegable (el abismo entre países ricos y países pobres) y se eleva el hecho al rango de verdad teológica. Con celeridad se va más allá del darwinismo social: el jodido lo es, porque nunca abandona el punto de partida. En rigor, estas separaciones abismales no obedecen en lo mínimo a intentos descriptivos, sino a la conversión de lo real en lo fatal. “Nunca dejaremos de ser subdesarrollados”, se dijo con el énfasis hoy aplicado a la condición local. Así, ¿qué escritor o qué pintor o qué cineasta o qué arquitecto o qué actor, puede “globalizarse”? Unos cuantos lo consiguen, pero a los demás se les enseña la escritura en la pared: “Hagas lo que hagas, siempre serás local”. Hace todavía unos años, el lugar común le otorgaba un título nobiliario a los asilados en el Arca de Noé de la fama internacional: “Mexicanos Universales”. Hoy se podría decir: “globalizados de ring side”.

### **“Es tan provinciano que sabe todo lo que hizo en su infancia”**

Se han diluido las fronteras antes inexorables entre *capital* y *provincia* (fronteras culturales, sociales, morales) y la distinción misma va perdiendo sentido. Algo queda, sin embargo, de la incomunicación o la separación profunda de estos mundos. Culturalmente, el centralismo produjo el país de una sola verdadera ciudad. A lo largo del siglo XX, a la capital acuden oleadas sucesivas de jóvenes ansiosos de prescindir de su condición de *provincianos* y de volverse *capitalinos*, con intereses y arraigos universales. A la provincia se le despoja de cualquier don retentivo y, no obstante la gran cultura de su minoría ilustrada, de cualquier logro significativo.

Varios fenómenos (la televisión, la rapidez de las comunicaciones, el surgimiento de emporios económicos en las regiones, el internet), conducen al desuso del término que ha sido un yugo: *provinciano*. Se acrecienta la actividad cultural en las regiones, y la Villa Global es verdadera en cuanto al nivel informativo instalado. Sí, pero el noventa por ciento de las ofertas culturales aún se concentra en la capital.

Al Estado, los gobiernos regionales, los partidos políticos y una parte amplia de los intelectuales, no les incumbe la democratización de la cultura. Las razones son diversas: no se le considera posible, el intento se considera *populista* (casi una herencia del realismo socialista), y se rechaza la imposición de los gustos elitistas en los espacios autónomos de las clases populares, cuyo gusto orgánico va de las reproducciones fosforescentes de la Última Cena al patriotismo de clóset que sólo estalla en ocasión de un triunfo de la Selección Nacional.

Esta indiferencia es aguda y costosa. Incluso en la pobreza se produce la democracia, pero a la democracia se la consolida sin el crédito del *otro* gusto, que se acerca a la música clásica, la lectura, el rock de calidad, el jazz, los museos, el teatro, la danza, las reproducciones de arte, algunos simposios. Esto no se atiende porque, con programa pero sin proyecto cultural, el gobierno no cree posible la ampliación de públicos, y todo lo destina al millón de personas de siempre, algo notoriamente insuficiente y menospreciador.

Por omisión, las minorías que se sienten “rescatadas” condenan al infierno de la falta de alternativas espirituales a las mayorías que juzgan irredimibles.

### De las ampliaciones del laicismo

Aun con las terribles distorsiones introducidas por el PRI, la república es laica, convencida del valor de la tolerancia y del respeto a las libertades y los sentimientos comunitarios, con un sentido histórico nutrido básicamente de la Reforma liberal y de la Revolución Mexicana, con una mitología del poder cuyas cimas son Hidalgo, Morelos, Juárez, Zapata, Villa y Lázaro Cárdenas. Degradada por la corrupción y el autoritarismo, la república ha preservado, con todo, un espacio de ejercicio de libertades que no es concesión o apartheid de la crítica, sino logro irrefutable de las movilizaciones sociales y culturales.

Así no se identifique jamás con ese nombre, el laicismo enriquecido con el pensamiento socialista y los residuos de luchas radicales, se amplía a lo largo de las tres últimas décadas con el desarrollo de la sociedad civil y las organizaciones no gubernamentales, con las luchas específicas de sectores habitualmente marginados: los indígenas en primer termino (inevitable el reconocimiento de las aportaciones del EZLN), las mujeres de convicciones feministas, la izquierda cultural, el sindicalismo independiente, parte considerable del sector académico (en especial de la UNAM), los grupos que en las regiones se enfrentan al conservadurismo, algunos sectores del PRD (no el castrista ni el burócrata monopolizador de oportunidades) y de los partidos pequeños, las minorías sexuales, etcétera.

El México de principios del siglo XXI es, en relación con el de sus principios, una entidad irreconocible y un heredero fiel. Hay pluralidad, las tesis del feminismo penetran en la sociedad, la libertad de expresión normaliza la presencia de un buen número de causas, lo “aberrante” pasa con frecuencia a ser “lo minoritario”, y la derecha política acepta ya en algunas regiones lo inaplicable del término “faltas a la moral e incluso las buenas

costumbres" (¿Quién, fuera de algunos del Ministerio Público, define *la moral*, y cuáles son hoy *las buenas costumbres*?)

### Testimonios de la derecha

"Ningún plan de gobierno funcionará sin la A.D." (Ayuda Divina).

a) En 2003, en ocasión de los desastres del huracán Isidore, el gobernador de Yucatán, Patricio Patrón, le recomienda a un grupo de afectados: "Voy a orar por ustedes". Una señora maya le responde: "Gracias, pero nuestros hijos no se llenan con oraciones" (*La Jornada*, reportaje de Jenaro Villamil).

b) Toluca. En una especie de misa donde se invocó al espíritu de Luis Donaldo Colosio, los 373 precandidatos del PRI a las 124 alcaldías juraron por Dios conservar la unidad de su partido y recuperar la fe y el credo perdido.

"Nunca más traicionar a la sociedad", arengó el dirigente estatal del tricolor, Isidro Pastor, quien se dirigió a su fiel auditorio desde un altar con un cirio, la bandera de México y el escudo del Estado de México.

Los cantos gregorianos, las notas de "Sueño imposible" y "Desiderata" inundaron el auditorio de la sede estatal del tricolor cuando los precandidatos prestaron juramento ante la Constitución del país, la del Estado de México y los documentos básicos del partido.

"Hermanos precandidatos a presidentes municipales del PRI: ¿Juran por Dios, por la patria, y nuestro partido, respetar el resultado final del proceso de selección de candidatos, sea cual fuere", preguntó el diputado local Luis Decaro.

"Sí, protesto", fue la respuesta proveniente de la semioscuridad donde estaban los aspirantes. Pastor volvió al altar, la flama del cirio ondulaba y el humor artificial se esparcía en el ambiente para liberar a quienes incurrieron en la denostación durante la lucha política.

"Les pido que hagan un examen de conciencia y se arrepientan en verdad de haber hecho esto", rogó.

Para dar pruebas de fe a su Pastor, los fieles enlazaron sus manos, y convertidos en una negra energía, se bamboleaban de un lado a otro del auditorio, al ritmo de "Sueño imposible" (*Reforma*, 2002).

c) En una conferencia del 20 de agosto de 2002 en la Universidad Panamericana (del Opus Dei), el secretario del Trabajo, Carlos Abascal, exhorta a los estudiantes de derecho:

No basta el viejo enunciado liberal que han escuchado en diversas cátedras: mientras yo respete el derecho de los demás, mientras los demás respeten mi derecho, podremos construir la convivencia pacífica; no, es necesario dar un golpe a esa visión individualista, pragmática, materialista, para hacernos conscientes de que hoy la justicia exige de nosotros responder del derecho ajeno, porque el derecho de los demás es mi responsabilidad y mi derecho es responsabilidad de los demás. Sólo así, con una visión solidaria, podremos hacer frente al enorme reto que significa abrir espacios de trabajo para un millón 300 mil mexicanos... Ustedes [*sus oyentes*] son hijos de empresarios, con posición económica desahogada, todos con la bendición de la vida de haber llegado a este nivel de oportunidades... No es indebido tener dinero. Al revés, qué bueno que haya ricos con dinero bien habido, pero que ese dinero sea invertido en empleo bien remunerado, en capacitación, en desarrollo tecnológico. ¡Ese es su reto!... Vean su futuro ...como los deudores de 97 de cada 100 mexicanos que iniciaron la primaria, para devolverles lo que han recibido de la vida vía empleo” (*La Jornada*, nota de Elizabeth Velasco).

d) En Guanajuato, el gobernador Juan Carlos Romero Hicks promueve charlas motivacionales avaladas por la Secretaría de Educación Pública. En esas charlas, los planteamientos son inspirados:

¿Por qué creen que vivió tantos años la madre Teresa de Calcuta? ¿Por qué creen que el Papa habla 17 idiomas?: porque la energía sexual no la tiran, se les va al cerebro... Las relaciones sexuales son evasoras de la realidad, como la música de Molotov... Existen siete evasores de la realidad: la televisión, la radio, los periódicos, la literatura barata, el cigarro, el vino y el sexo” (*Milenio*, 27 de octubre de 2002).

Bonita teoría, el cerebro como almacén de semen retentum.

e) Lo privado (la venganza) usa de lo público para exigir. El obispo Onésimo Cepeda, el 5 de octubre de 2002, pronunció un sermón ejemplar convocando a los fieles de su diócesis a defenderse de los delincuentes y a tomar la justicia por su propia mano.

f) *La Jornada* publica fragmentos de la homilía del 20 de octubre de 2002, del obispo de San Cristóbal de las Lasas, Felipe Arizmendi, que le recomienda:

—a los gobernantes, que den testimonio de sus convicciones religiosas sin temor a la crítica y las leyes.

Lamentablemente hay muchos bautizados que se avergüenzan de su fe; algunos la ocultan y la niegan, sobre todo quienes ocupan cargos de importancia y quienes no son capaces de soportar las burlas de los incrédulos. Quien ocupe cargos públicos sí tiene el derecho y obligación de hacer profesión pública, sin proselitismo, a no ser que su fe sea débil, raquítica y cobarde. Por tanto, debe participar en celebraciones litúrgicas.

—a los padres de familia que bauticen a los hijos y estén pendientes de que en la escuela no les arrebatan la fe. Por el contrario, les ayuden a conso-

lidarla, como hacen las instituciones católicas, y si no, buscar el despido del maestro.

—al gobierno, para que remedie su falta de subsidio a los centros católicos como ocurre en otros países. Estos centros exigen cuotas mensuales que no cualquiera puede pagar, aunque los centros den una formación integral que vale cualquier sacrificio.

g) En Mexicali, a Paulina, la niña de 14 años violada por un heroinómano en presencia de su familia, se le niega el derecho al aborto, consagrado por las leyes de Baja California en casos de violación, porque eso contraviene el fundamentalismo del director del hospital público, del secretario de Salud del gobierno panista y del gobernador mismo. Ganan, pero la respuesta a su dogmatismo notifica la existencia de otros climas sociales.

h) En Guanajuato, en 2002, la mayoría panista en el Congreso local aprueba la abolición de las causales de aborto legal: por violación, por peligro de la vida de la madre y por malformación genética prevista. Poco después, derrotados, devuelven estos incisos a la Constitución.

i) En Guadalajara, en 2002, un joven panista atenta contra un cuadro por considerarlo afrentoso para sus creencias (ésas mismas que, es de suponerse, lo llevaban el día entero a no separar la vista de la pieza). El descrédito de la acción afecta al agresor de la pintura y al obispo Juan Sandoval Iñiguez, que promete pagar la fianza (no lo hace) y, ya entrado en gastos teológicos, acusa a las mujeres violadas de ser las responsables de lo que les sucedió. Sandoval acusa a las Comisiones de Derechos Humanos de no servir para nada y “proteger a los delincuentes”.

j) En diversos momentos de su campaña presidencial, Vicente Fox enarbolaba la imagen de la Guadalupana. También le entrega un decálogo a los obispos católicos prometiéndoles educación religiosa en las escuelas públicas (lo que se obtendría modificando la definición de laicismo), estaciones de radio y televisión, exención de impuestos, etcétera.

En todos estos episodios, la república liberal (término, insisto, que me parece aquí más descriptivo que *sociedad civil*) ha salido al paso. En el caso de Paulina, se dio una movilización extraordinaria, las argumentaciones de la extrema derecha resultaron irrisorias y, además, francas apologías de la ilegalidad. En Guanajuato, el gobernador se vio obligado a frenar la impaciencia fundamentalista de sus diputados locales, y la ley se retiró o se instaló en limbo de los fracasos.

El primero de diciembre de 2000, en su discurso en el Palacio Legislativo, el presidente Fox, que luego declara reiteradamente el siglo XX como “un

tiempo perdido” para México (y para él de paso, que allí invirtió 58 años de su vida), inaugura la historia de la democracia con Francisco I. Madero. Al intentar los diputados del PRI y del PRD devolverle la memoria con gritos de “¡Juárez, Juárez, Juárez,!” , el nuevo primer mandatario les espetó una respuesta perdonavidas “Sí, sí, Juárez, Juárez, Juárez, Juárez, Juárez, Juárez, Juárez, jóvenes”. Luego, en 2005 prologa una edición masiva de *Apuntes para mis hijos*, de don Benito.

### Las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez

En el trato a las mujeres, la violencia ha sido en México el más verdadero de los regímenes feudales. La violencia aísla, deshumaniza, frena el desarrollo civilizatorio, le pone sitio militar a las libertades psicológicas y físicas, mutila anímicamente, eleva el miedo a las alturas de lo inexpugnable, es la distopía perfecta. La fuerza y el peso histórico del patriarcado y la resignación consiguiente, elevan la violencia ejercida sobre un sexo a la categoría de obstáculo inmenso del proceso democrático y, sin embargo, esto aún no se reconoce.

El límite de las libertades femeninas y, para el caso, masculinas, aunque con énfasis y proyección muy distintos, es la mezcla del monopolio histórico del poder y la violencia. Así, la violación, el derecho de pernada de un sexo, el *Jus Prima Nocti*, se consideraron “naturales” porque —el razonamiento era una sentencia— sacaban a flote la naturaleza teatral de la resistencia a la protección, y este dogma, a lo largo de las generaciones, terminó por ser el predilecto de agentes del ministerio público y policías y jueces que responsabilizan a las mujeres, tal y como lo hizo el cardenal de Guadalajara Juan Sandoval Iñiguez en 1998, al considerar culpables a las que, en su modestísima opinión salían con ropa provocadora y movimientos sensuales. Sólo le faltó decir: “Si no quieren que les pase nada, salgan sin cuerpo”.

Hoy, la protesta se dirige contra la impunidad de la violencia, cuyo clímax trágico son las cerca de cuatrocientas o quinientas jóvenes asesinadas en Ciudad Juárez en un periodo de doce años, de 1993 hasta ahora, febrero de 2006. En este fenómeno sangriento, han fracasado las administraciones de Acción Nacional y las del PRI. Los gobiernos del PAN se especializan en el regaño a las víctimas, y en 1994 el procurador de Justicia del gobierno de Francisco Barrio acusó a las muertas porque “algún motivo dieron” o porque “provocaron a los criminales con su estilo de vida”, y el gobernador Francisco Barrio, como se ve en *Señorita extraviada* (2000), el excelente documental de Lourdes Portillo, se tropieza con el lenguaje para resucitar



la moral del siglo XII. La consecuencia de esta teoría falsísima es bíblica, la paga del pecado (el ligue, la condición femenina) es la muerte.

¿Quiénes son los asesinos de Ciudad Juárez? ¿Se trata de un grupo o de una epidemia de *serial killers*? ¿Se contagian los patrones de exterminio? Al fin y al cabo, las interpretaciones se subordinan a las aclaraciones puntuales que no llegan. Sorprenden las deficiencias de los investigadores y de las fiscalías especiales; asombra el ritmo de los crímenes y la semejanza de los métodos, y es imaginable el miedo entre las trabajadoras de la maquila y las jóvenes y sus familias. La violencia inmoviliza a las mujeres, cancela su libertad de movimientos, subraya la condición de “sexo débil” y vigoriza la tradición del abuso, la fuerza física, la posesión de armas y la misoginia criminal.

¿Por qué es aún ineficaz la acción judicial? Enumero algunas respuestas posibles:

a) La condición fronteriza de Ciudad Juárez impregna el imaginario colectivo de imágenes marcadas por la ausencia de la ley. No es sólo la pesadilla del narcotráfico, sino la idea de comunidades un tanto provisionales que giran en torno a la posibilidad o imposibilidad de cruzar la frontera. De alguna manera, todos suscribimos la mentalidad fílmica y televisiva que hace de las zonas fronterizas emporios ya no del mal, pero sí de la ilegalidad y el crimen. Esta fantasía primaria es en sí misma deleznable, pero es un paisaje de la recepción de la epidemia criminal.

b) Se desconoce el papel específico del narcotráfico y de los narcos en estos acontecimientos, pero sin duda influye el escasísimo valor concedido a la vida humana. Desde la introducción masiva del narcotráfico en Colombia, Perú y México, para ya no hablar de Estados Unidos, la valoración de los derechos humanos, nunca excesiva, se ha minimizado. Es fácil matar y es aún más fácil morir de muerte violenta, y el culto a las armas y la alta tecnología armamentística exige no sólo la liquidación de las especies en el salvajismo de la cacería, sino el considerar casi literalmente a las personas objetos susceptibles del tiro al blanco. El narcotráfico ha desatado una guerra visible e invisible, la visible es el conteo de muertos por su causa, la invisible es el poder de impregnación de sus tácticas que alcanza a demasiados. Esta sería la premisa: “Si me han de matar mañana, mato a muchos de una vez”. Y si ya se tienen las armas, ¿por qué no usarlas? Insisto: el despliegue armamentístico, la rapidez con que se consiguen revólveres o cuernos de chivo o lo que haga falta, desemboca en la obligación de asesinar. La tradición criminal estaba, ¿por qué no renovarla con la tecnología?

c) La falibilidad, por decirlo de algún modo, del poder judicial. El narcotráfico, con su capacidad de intimidación y compra, exhibe la disponibilidad de jueces, jefes policíacos (de distintos niveles), agentes del Ministerio Público, presumiblemente muy altos funcionarios, empresarios, comerciantes, militares, posiblemente clérigos. Y esto, por tiempo indefinido, emite licencias de impunidad. El casi ineluctable destino de los narcos incluye la cárcel o la muerte luego de la tortura, cada uno se considera la excepción, y a cada uno lo ampara el poder de compra del conjunto. Y al certificarse lo vulnerable del poder judicial, la noticia alcanza a la delincuencia entera: el delito es una acción tarifada, y el dinero y la red de intereses absuelven por anticipado.

d) La consideración abstracta importa en demasía. Un muerto puede ser un acontecimiento gigantesco, así las conclusiones sean tan irrelevantes como las del asesinato del candidato del PRI Luis Donald Colosio en 1994, pero centenares de mujeres asesinadas en todo México afantasma la monstruosidad del fenómeno en la mirada de las autoridades. Las estadísticas de la sociedad de masas tienden a disolver la profundidad de los sucesos. Seis mil millones de habitantes del planeta es la explosión demográfica que todo lo minimiza. No es, como insisten tan torpemente los tradicionalistas, que la educación laica relativice los valores; la educación laica es la primera garantía de una sociedad civilizada, y lo que le da a los valores éticos su perspectiva relativizada es el conjunto de hechos ceñidos u organizados por la demografía. Se ve en las guerras, se advierte en la violencia urbana, y se comprueba en los casos de Ciudad Juárez, y ahora de varias ciudades en el país. Siempre se requiere la comprensión humanizada, y al abandonarlo todo en una frase: “los izquierdistas asesinados en el sexenio de Salinas, las muertas de Juárez”, se extravía el vínculo de las personas con las tragedias: la calidad de la identificación, la relación vivísima con seres ultrajados, sus esperanzas, su trayectoria, su familia. Hace falta un conocimiento más específico de las víctimas.

e) El papel de la prensa es determinante al situar hasta hace poco los crímenes en la página de crímenes no en la primera plana, como corresponde. La televisión apenas les ha concedido importancia. Con esto se subraya la culpabilidad de las víctimas, porque ya muertas no logran defenderse.

Todo esto interviene en el caso de Ciudad Juárez, pero ningún elemento es tan decisivo como el desdén histórico por las mujeres desconocidas, es decir marginadas. Recuérdese un suceso de la Ciudad de México en 1992. Un grupo de prostitutas intenta organizarse para denunciar la explotación

de los proxenetas y las agresiones policiacas. Van a la Asamblea de Representantes del DF, testifican, dan nombres. Semanas después, dos de ellas son asesinadas en hoteles de paso. No se vincula su muerte con sus denuncias y pasan a la fosa común, ese sinónimo de la irrelevancia perfecta.

Todavía el sexismo es un punto de vista dominante. Y a esto se añade el clasismo. No sólo son mujeres, son en elevadísima proporción trabajadoras de la maquila, y todas provienen de familias de escasos recursos. *Mujeres pobres* es el término que esencializa la invisibilidad social, la de los seres no contabilizables. Apenas figuran en los planes electorales, se las califica de “altamente manipulables”, los ediles las toman en cuenta dos días al año, y su autonomía en el caso de las madres solteras, suele verse como “actitud pecaminosa”. ¿Cuántas veces, en los regaños clericales, sólo se considera familia a la formada por el padre, la madre, los hijos, los parientes y el confesor? La epidemia homicida de Ciudad Juárez enfrenta también, y desde el principio, la urgencia de imprimirle visibilidad a la miseria y la pobreza, y a las mujeres en esos ámbitos.

Los crímenes de odio se dirigen contra una persona y lo que simboliza, representa, encarna. Los más llamativos son los dirigidos contra los gays, agravio histórico que registra en México cada año decenas de víctimas. Pero nada supera en número y en continuidad a los crímenes de odio contra las mujeres solas, en especial las jóvenes. Se las asesina porque no logran defenderse, porque a los ojos del criminal su razón de ser es conceder el doble placer del orgasmo y el estertor, porque su muerte suele pasar inadvertida. (Casi como sucede con los gays, donde el 99 por ciento de los asesinos consigue impunidad.)

¿Qué provoca el odio? Cedo la palabra a psicólogos, sociólogos y psiquiatras, pero aventuro una hipótesis: intervienen en gran medida las sensaciones de omnipotencia que se desprenden del crimen sin consecuencias penales y sociales para el criminal. No es sólo superior a los seres quebradizos, también se burla de las leyes y de la sociedad que tibia o vanamente las enarbola. Los de Ciudad Juárez son en *stricto sensu* crímenes de odio porque los asesinos se vengan de sus fracturas psíquicas, de su lugar en la sociedad, de todos los momentos en que deseándolo no han obtenido reconocimiento, de la falta cotidiana de acceso a ese placer último que es el poder de vida y muerte sobre otra persona. Todo el sexismo profundo, degradado, sórdido de la parte más destructora del machismo, se vierte contra las mujeres cuya culpa principalísima es su condición de víctima. Así de reiterativo es el procedimiento de los crímenes de odio: se victima a quien, a los ojos del

asesino, es orgánica, constitutivamente una víctima. El odio es una construcción social que se abate una y otra vez contra quienes no pueden evitarlo.

### **La marcha del color de la tierra**

De 1994 a principios de 2001, el EZLN y Marcos encarnan el rechazo al determinismo. Se les persigue, el presidente Ernesto Zedillo falta de modo conspicuo a su compromiso (con firma) de respetar los acuerdos de San Andrés Larrainzar (resultado de larguísimas deliberaciones entre el gobierno, representantes de la sociedad civil y el EZLN), hay grandes marchas de apoyo en la Ciudad de México, el interés internacional se multiplica y hay reuniones en la Selva Lacandona con grupos y personas de muchísimos países. Por primera vez en la historia de México se puede hablar de la causa indígena como resultado de la unificación de grupos, tendencias artistas e intelectuales de las etnias. En un periodo de nueve años se conoce más de la vida indígena y de su complemento directo, el racismo, que lo acumulado en medio siglo de escritos y tratados de buena voluntad o de paternalismo descarado. Marcos entra en correspondencia con publicaciones e intelectuales de Norteamérica, América Latina y Europa. Se le critica y con vehemencia (el poeta Octavio Paz, entre otros), pero a un sector considerable su lectura le resulta provechosa, y el EZLN se define a sí mismo como movimiento social.

La Caravana Zapatista de febrero y marzo de 2001 es un acontecimiento sorprendente. Un grupo numeroso de indígenas con pasamontañas viaja de la Selva Lacandona a la Ciudad de México y en el camino realiza mítines, encuentros y reuniones del EZLN con los representantes de las 53 etnias (o 56, las cifras oscilan) que les entregan los bastones de mando, un gesto simbólico profundo. En cada uno de los actos de la Caravana hablan mujeres y se traducen los discursos al lenguaje de los sordomudos, como un gesto hacia los minusválidos. El lenguaje es siempre sencillo, intenta ser poético (a veces sin fortuna) y busca integrar un idioma común con sus oyentes, el de la ciudadanía pendiente, aplazada. El 26 de febrero de 2001, en la ciudad de Oaxaca, el subcomandante Marcos dirige un mensaje típico:

Dicen (los poderosos) que rehuimos el trabajo y pocos, muy pocos, son los pueblos de la tierra en los que, como en muchos de los nuestros, el trabajo de cada quien se agrega al trabajo voluntario para el colectivo.

Dicen que desperdiciamos lo poco que tenemos, pero ellos han sido los que han saqueado nuestras riquezas, los que han ensuciado el agua con las heces fecales del dinero, los que han destruido los bosques para traficar con madera, los que

impusieron cultivos que agotan y dañan las tierras, los que promueven la siembra, el tráfico y el consumo de drogas, los que se engordaron con nuestra sangre hecha trabajo.

Son en suma los que han destruido nuestra casa con su ambición y fuerza. Y ahora resulta que nos culpan por no tener una buena casa.

El 8 de marzo, el EZLN entra a la Ciudad de México. En Milpa Alta, la comandante Esther se explica: “No sabía hablar en español. Fui a la escuela pero ahí no aprendí nada. Pero cuando ingresé en el EZLN aprendí a escribir y a hablar español, lo poco que sé, estoy haciendo la lucha, pues”.

El 11 de marzo la Caravana Zapatista llega al Zócalo. Cerca de un millón de personas sale a recibirlos, de los cuales unos trescientos mil se congregan en el Zócalo. El discurso principal es de Marcos, y su mensaje clarísimo es de una inclusión en la idea (el proyecto, las realidades) de México. Así concluye:

Ciudad de México: aquí estamos.

Aquí estamos como rebelde color de la tierra que grita:

¡Democracia!

¡Justicia!

¡Libertad!

México: no venimos a decirte qué hacer, ni a guiarte a ningún lado. Venimos a pedirte humilde, respetuosamente, que nos ayudes. Que no permitas que vuelva a amanecer sin que esa bandera tenga un lugar digno para nosotros los que somos el color de la tierra.

Se discute durante una semana en el Congreso si, con pasamontañas, los zapatistas tienen derecho al uso de la palabra en el Palacio Legislativo. Al fin se aprueba y se aguarda el discurso principal a cargo del subcomandante Marcos. Éste ni siquiera acude y el discurso central corre a cargo de la comandante Esther, de 35 años, al parecer maestra bilingüe de una pequeña comunidad de la selva lacandona y oradora formidable. En el Congreso de la Unión, el discurso de Esther hace vislumbrar la potencialidad y el talento ya presente de los excluidos históricos, y ésta es la lección fundamental: la manera en que el racismo aleja a grandes sectores de sus propias posibilidades, con tal de favorecer en exclusiva a una de las burguesías más limitadas de que se tiene noticia.

El 28 de marzo de 2001, la comandante Esther habla ante el Congreso de la Unión, y su discurso es uno con perspectiva de género:

Ese es el país que queremos los zapatistas.

Un país donde se reconozca la diferencia y se respete.

Donde el ser y pensar diferente no sea motivo para ir a la cárcel, para ser perseguido o para morir.

Senadores y senadoras:

Quiero explicarles la situación de la mujer indígena que vivimos en nuestras comunidades, hoy que según esto está garantizada en la Constitución el respeto a la mujer.

La situación es muy dura.

Desde hace muchos años hemos venido sufriendo el dolor, el olvido, el desprecio, la marginación y la opresión.

Sufrimos el olvido porque nadie se acuerda de nosotras...

Nosotras además de mujeres somos indígenas y así no estamos reconocidas.

Nosotras sabemos cuáles son buenos y cuáles son malos usos y costumbres...

La reivindicación de la marginalidad de Esther provoca una ovación de pie en el Palacio Legislativo. En ese momento, lo primordial no es lo político o lo legislativo, sino lo cultural en el sentido más amplio, que ubica el desarrollo de las indígenas, algo de lo que no se las suponía capaces (el racismo como determinismo).

Semanas después de la Caravana, la ley indígena que se aprueba contradice las demandas de las etnias y todo parece "normalizarse". Sin embargo, el rechazo de los acuerdos de San Andrés es un golpe muy severo y el EZLN se encierra, pierde su diálogo con la sociedad y por momentos vive la involución de su discurso a través de planteamientos muy sectarios y anacrónicos.

### Imágenes, estampas del siglo XXI

Notas (sectoriales) sobre el panorama de México en los inicios del nuevo siglo:

—La derecha, instruida debidamente por el Vaticano, se empeña en sostener la ofensiva contra los valores de la secularización y se ha movilizadado a través de sus adalides [*sic*], figuras como Carlos Abascal, sucesivamente secretario de Trabajo y secretario de Gobernación, sus gobernadores (el de Jalisco, el de Querétaro), y el auspicio burocrático a la ultraderecha tal como lo representa y defiende el Yunque, organización semisecreta. Sin embargo, una tras otra, ha perdido las batallas culturales.

—En un nivel, el debate actual enfrenta a liberales y conservadores, pero en otro, lo muy significativo es la ampliación del concepto de *laicismo*, que ahora incluye muchísimos aspectos de la vida cotidiana, los derechos reproductivos, los derechos de las minorías, hasta hace poco sólo visibles por el insulto y las represiones, la llegada del nuevo vocabulario con sus espacios de crítica consiguientes (*sexismo, homofobia*), etcétera. La discusión

ha sido más bien unilateral, porque los conservadores se especializan en el *beatoñol*, que perdona a los que no saben lo que hacen a nombre, supongo, de los que no saben lo que dicen. Sin embargo, lo sustancial no es sólo la perdurabilidad garantizada de la secularización sino, así no se capte ahora, lo irreversible de las ampliaciones del laicismo, un concepto ya requerido del examen de sus prejuicios.

—No hay “accidentes de la historia” ni amparos contra el desarrollo civilizatorio. De allí la insensatez de identificar “la verdadera libertad religiosa” con la educación religiosa en las escuelas públicas; de allí la malicia nonata de quienes alaban el Estado laico, pero consideran que sólo debe quedar como un membrete porque el laicismo es pernicioso y daña el alma.

—La iglesia católica ha insistido en su deber de participar en política (“Nunca más nos encerrarán en las sacristías”, es su consigna) y en condenar a los partidos políticos que no “respetan la vida”. Ya lo han hecho antes y ahora lo hacen con la bendición del gobierno, pero hasta allí llegan porque el debate no los favorece, entre otras cosas porque ni lo entienden ni lo aceptan. Usan frases “cabalísticas” que ofrecen como mensajes (el crucigrama irresoluble que se cree jeroglífico) y de su parte está cerrada la polémica, pero no de parte de la sociedad. El laicismo es un hecho definitivo, y es evidente que no habrá guerras santas, que la mayoría respeta las religiones ajenas (puse *la mayoría* porque no olvido la persistencia de la intolerancia religiosa contra los protestantes), y que es imposible política y culturalmente el regreso al México anterior a 1860.

—Sería, y es, incomprensible un debate centrado en ratificar la secularización de los cementerios o la legalidad del divorcio, o el absurdo de una educación sexual como la propuesta por el gobierno de Vicente Fox en Guanajuato. El secretario de Gobernación Abascal nos hace perder el tiempo comentando su anacronismo, pero, a su vez, él dilapida sus horas con sus “trampas litúrgicas”. A Oscar Mario Beteta le contesta el 2 de febrero de 2006: “La democracia quiere decir libertad, libertad para todos, libertad con responsabilidad y, desde luego, libertad en el terreno religioso”. Un momento: ¿el *secretario de Gobernación* afirma que en México hay o no hay libertad religiosa? Si dice que sí, contradice a los obispos seguros de la falsedad de la afirmación porque no se imparte el catolicismo ni se reza en las escuelas públicas, ni se admite el derecho de los obispos de ser candidatos a la presidencia de la República, aunque renuncien antes de tomar posesión en acatamiento del derecho canónico. Y si dice que no hay libertad religiosa, ¿por qué sigue en su puesto y no enfrenta al gobierno represivo?

—Nadie impide que los funcionarios tengan y proclamen sus convicciones religiosas, incluso, aunque esto es más difícil de sustentar, nadie impide que *practiquen* su credo. Pero si la fe se proclama —y no sólo la fe, también los prejuicios que se incorporan a la fe— desde los puestos de gobierno, los funcionarios confunden el ejercicio y la defensa de la ley con su pertenencia a la grey. ¿Por qué el señor Abascal, secretario de Trabajo, puso la institución a su cargo bajo la advocación de la Virgen de Guadalupe, por qué el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, él afirmó que el sitio de las mujeres es el hogar, por qué como secretario de Gobernación se opuso y se opone con vehemencia a la píldora del día siguiente sin aportar una sola prueba de su carácter abortivo? Todavía ignoro por qué el secretario, que es abogado, no ve en su comportamiento la negación del Estado laico.

### Posdata

Del libro de don Salvador Abascal, *Juárez marxista 1848-1872*, terminado el 6 de agosto de 1997 y publicado ese año por la Editorial Tradición. En la dedicatoria, don Salvador dice: “Grande ayuda me prestaron generosamente para la elaboración de este trabajo los señores: (cita cinco personas) y mi hijo Carlos”. Al final, en la recapitulación se afirma:

Hay quienes piensan —quizá por ignorancia de lo que es la Iglesia— que su primer verdadero perseguidor en México no fue Juárez sino Calles.

Los hechos demuestran que excede con mucho el indio zapoteca al turco quizá judío en ese bárbaro oficio de odio, en exacta coincidencia con Carlos Marx, a la Iglesia Católica y consiguientemente a su obra, la Cultura Occidental.

Porque Juárez acertó a cortar el grueso de las raíces religiosas, católicas, de la Nación. A eso equivalen los siguientes tremendos golpes de guadaña:

—La educación atea de la niñez y de la juventud en las escuelas oficiales: especie de terrorismo y secuestro ideológico, que por sí solo fue suficiente para romper la unidad espiritual del pueblo;

—la legislación no sólo atea sino que a la vez ha hecho esclava del gobierno impío a la Iglesia, cuyos jefes a veces han parecido que llegan al grado de dar las gracias por sus cadenas;

—el matrimonio civil, que traería consigo lógica y fatalmente el divorcio, para la disolución de la familia, sin la cual no hay ni Iglesia ni Patria;

—la introducción, para mayor confusión, de las sectas protestantes, que mutilan la Fe y la disocian de la acción, la cual se consagra sin remordimientos a la satisfacción de todas las concupiscencias; [...].



¿Discrepa el secretario de Gobernación de las afirmaciones del libro donde sí colaboró? Si no lo hace, es porque le acomoda a su peculiar visión de la objetividad ●